



Pontificia y Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso

Sevilla, 1 de Octubre de 2020

Actos del IV Centenario de la hechura del Señor del Gran Poder

Homilia

Em.mo Señor Cardenal Miguel Ángel Ayuso Guixot, MCCJ

Como sevillano, es para mi un honor presidir esta Eucaristía, con motivo del IV Centenario de la hechura del Señor del Gran Poder en acción de gracias por la realización de esta bendita y devotísima imagen.

La Hermandad del Gran Poder tomó para sí la devotísima advocación de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, cuya imagen se situó en el Altar Mayor del Templo.

Fue un primero de octubre de 1620 cuando el imaginero Juan de Mesa y Velasco hizo entrega a la Hermandad, entonces del Traspaso, de una imagen de Jesús Nazareno bajo la advocación de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, a la que, desde entonces hasta hoy, le da culto, la custodia y difunde, con probada eficacia pastoral, su devoción.

Una devoción sin la que es difícil conocer a la propia ciudad que a lo largo de los siglos la ha mantenido como referente de su vida espiritual. El Señor del Gran Poder ha tenido un papel fundamental en la religiosidad de los sevillanos de los siglos XVII al XXI. Decía San Pablo VI que: “la piedad popular refleja una sed de Dios que solamente los pobres y los sencillos pueden conocer” (*Evangelii nuntiandi*, 48). Esta es nuestra devoción y la historia de nuestra ciudad.

El primer Párroco de San Lorenzo y después Arzobispo y Cardenal de Sevilla, hoy Beato Marcelo Spínola y Maestre, será igualmente determinante desde los años finales del s. XIX en el engrandecimiento de la devoción al Señor y en la costumbre de visitarlo los viernes. Durante sus años de párroco se aumentó la capilla, se la dotó de camarín más amplio y se facilitó el acceso para besar el talón del Señor.

El Cardenal Spínola, ejemplo de virtudes y fiel devoto del Señor del Gran Poder, fue beatificado por Su Santidad el Papa San Juan Pablo II y estuvo también íntimamente vinculado a vuestra Corporación, hasta el punto de que fue nombrado “Hermano Mayor Perpetuo” por el Cabildo de Oficiales.

Con su figura, sus palabras y su opción por los pobres, el Cardenal Spínola, nos supo indicar Aquél en quien tenemos que poner toda nuestra confianza y que nos da la fuerza necesaria para superar las dificultades que encontramos en nuestras vidas: ¡el Señor del Gran Poder!

Así escribía en el Sermón de la novena del Señor del Gran Poder en 1879: “Es imposible no conmoverse mirando, con mirada de fe, la imagen de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, cuyo semblante expresa, junto al dolor del que sufre, la soberanía del Rey de la Eternidad. No es posible imaginar dos términos tan opuestos como estos: Dios y el padecer. Dios es la luz. Dios es el bien. Dios es la felicidad. El padecimiento es la sombra. El padecimiento es el mal. El padecimiento es el dolor. Y, sin embargo, es Dios y padece. Y hasta en su modo de padecer atestigua que es Dios”.

Sobre la corona de espinas de la imagen del Gran Poder aparecen las tres características potencias que representan el poder, la magnificencia y la divinidad de nuestro Señor: *Iesus Hominum Salvator* (IHS), Jesús, Salvador de los hombres. Como el Hermano Mayor ha tenido a bien decir: “la imagen del Gran Poder tiene la virtualidad no sólo de representar plásticamente al Hijo, sino de ser además capaz de transmitir su Palabra. El Gran Poder es Palabra de Dios esculpida” (*Jesús del Gran Poder. Rostro de la Misericordia de Dios, ed. Carlos Colón, 2016, p. 10*).

El auténtico poder o potencias del Gran Poder para nosotros es el que surge de los valores del Reino de los Cielos, expresados en las Bienaventuranzas. De hecho, si queremos celebrar en profundidad este aniversario, tenemos que recorrer el camino de la humildad, del perdón y del servicio, como nos pide San Pablo en la Segunda Lectura dirigiéndose a los Colosenses: “*como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia*” (3, 12).

¿Qué nos pide el Señor en esta conmemoración? Nos pide sobre todo que hagamos memoria de la historia de salvación que se ha manifestado en estos 400 años en nuestra ciudad. Son varias las generaciones de sevillanos y de otros devotos que han rezado y siguen rezando a los pies de Nuestro Señor del Gran Poder, ¡el Señor de Sevilla!

En el Evangelio que acabamos de proclamar hemos contemplado a estos diez hombres leprosos, enfermos, necesitados de amor y de fuerza, y que buscan a alguien que los cure. Será Jesús quien los libere a todos de su enfermedad.

Sin embargo, llama la atención, que solamente uno regrese alabando a Dios a grandes gritos y dando gracias. Jesús mismo lo indica: diez han dado gritos para alcanzar la curación y uno solo ha vuelto a dar gracias a Dios a gritos y reconocer que en Él está nuestra fuerza.

Gran lección esta de saber agradecer y de dar gloria a Dios por cuanto El hace por nosotros y recordar que todo es don de Dios.

Este ejemplo del Evangelio nos recuerda cómo cada uno de nosotros tenemos que comprender el camino del Señor, que no es sino el camino del perdón y de la misericordia, que nos conduce a manifestar siempre nuestro agradecimiento al Señor, como el leproso que volvió a dar gracias a Dios.

El Papa Francisco al inicio de su pontificado nos recordó que: “Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo.

Necesitamos comprender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta paciencia... Recordemos al profeta Isaías, cuando afirma que, aunque nuestros pecados fueran rojo escarlata, el amor de Dios los volverá blancos como la nieve. Es hermoso, esto de la misericordia” (*Ángelus*, 17 de marzo de 2013).

Por eso estamos llamados continuamente a no caer en la indiferencia sino a abrir nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y a sentirnos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo (*Jesús del Gran Poder. Rostro de la Misericordia de Dios*, ed. Carlos Colón, 2016, p. 42).

Nuestro Señor del Gran Poder nos invita una vez más, por medio de este 400 aniversario de su hechura y cuya imagen recoge tantas súplicas e invocaciones a que lo sirvamos con fidelidad y amor, afirmando de modo radical nuestro deseo de servir: “*Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*” (Mc 9, 35). En cada uno de nosotros debe brillar la caridad, como dice San Pablo a los Colosenses: “Vístanse de amor, que es el vínculo de la unidad. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones” (3, 14).

En el Salmo Responsorial hemos proclamado: “Gustad y ved cuanto es bueno el Señor! (v. 9)”. El Salmo 34 nos invita a “gustar y ver” cuanto es bueno el Señor. Me recuerdan las palabras de Jesús

cuando dijo que tenemos que ser “sal de la tierra y luz del mundo” (*cf. Mt 5, 13-14*), tenemos que dar sabor en nuestro entorno y tenemos que ser testigos de nuestra fe para que otros puedan ver que Nuestro Señor del Gran Poder es luz del mundo!

A pesar de que seamos pecadores, gracias a Dios la Iglesia no cesa de mostrarnos el lado más bello de la propia experiencia: el amor por las Escrituras, el rostro de la caridad hacia los pobres y los débiles y su misión de fraternidad hacia cada ser humano. Expreso mi agradecimiento a Dios porque la Pontificia y Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso, durante siglos no ha cesado de vivir en este espíritu de amor y fraternidad. Cada vez que hemos gustado y visto esto, hemos dado gloria a Dios. Por eso podemos afirmar que el verdadero aniversario es el servicio, la fraternidad, la convivencia y la paz, que hoy de nuevo renovamos y transmitimos con nuestro testimonio y entrega a una nueva generación.

No olvidemos nunca dar gracias a Dios por los beneficios que nos concede continuamente a través de su presencia en nuestras vidas, sus dones y sus bendiciones. Siempre hay que dar gracias a Dios, aunque a veces nuestra vida espiritual más que un dar gracias a Dios se reduzca a un incesante pedir, olvidando lo esencial: la acción de gracias. La celebración del IV Centenario de la hechura del Señor del Gran Poder significa, entre otras cosas, reconocer con agradecimiento esta gracia de Dios.

Hagamos nuestro el mensaje del profeta Isaías en la primera lectura por todos los dones que nos ha concedido el Señor en estos 400 años por medio de la venerada imagen del Gran Poder: Las misericordias de Dios quiero recordar, las alabanzas por todo lo que nos ha premiado, por su gran bondad para con nosotros, por su misericordia y por la abundancia de sus bondades (*cf. Is 63, 7-9*).

Por tanto, renovemos nuestros corazones para que en cada uno de nosotros, nuestras familias y nuestra hermandad, seamos testigos del Señor con nuestras vidas y lo alabemos siempre con alegría.

¡Bendito seas por siempre, Señor del Gran Poder, que a nadie dejas indiferente! A Ti el honor y la gloria, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.